

La espiritualidad laica: afirmación y ruptura de la vida secular «desde dentro»

*Josep María Rambla, S.J.**

La vida eclesial es polifónica. La presentación que de ella nos hace Pablo en la Primera Carta a los cristianos de Corintio (capítulo 12) es la de una comunidad en la que una gran variedad de dones compone una sola obra. ¿Cuál es el lugar del laico en esta "composición" eclesial? ¿Qué es, de hecho, un laico y cuál es su espiritualidad? Como parte activa de esta Iglesia polifónica, me permito expresar mi pensamiento sobre la "voz" del laico. Mi reflexión se funda en la experiencia cristiana compartida con seglares y en mis sinceras expectativas, respecto de ellos. Lo que sigue tiene, pues, su justificación en la *cercana diferencia*: soy jesuita, sacerdote, pero no me considero lejano ni ajeno a lo que muchos laicos hacen y viven.

La redención en el corazón del mundo¹

La afirmación de Jesús a Nicodemo: "tanto amó Dios al mundo que entrego a su Hijo único" (Jn 3,16) es fundamental para la

* Delegado de Formación de la Provincia Jesuítica de Cataluña, España.

¹ Título tomado del luminoso estudio de Karl RAHNER publicado en *Misión y Gracia*, vol. I, cap. 2.

comprensión cristiana de la realidad mundana. Desde que el verbo "plantó su tienda entre nosotros", toda la creación ha quedado bañada en el amor de Dios, que se desborda plenamente en la resurrección. Jesucristo es ya el sí rotundo y definido de Dios al mundo y a la historia, por muy limitados y precarios que estos sean. La redención implica, pues, lo mundano, todo lo creado, como uno de sus componentes, de modo que la redención, aunque no puede reducirse al desarrollo del mundo, es ya inseparable de él. La acción de Dios, interior al mismo mundo, anima a transformar el mundo y la historia desde dentro, conduciéndolo todo, incluso la realidad material, hacia la perfecta liberación (cf. Rm 8, 18-25), porque todo tiene ya su plena consistencia en Cristo, "primogénito de toda la creación" (Col 1,15-20). Consecuentemente, el mundo y las realidades materiales tienen "carácter medial"²

Toda una antigua tradición teológica que arranca de Tomas de Aquino y que ha sido recuperada en tiempos recientes (Pierre Teilhard de Chardin, Dominique-M. Chenu, Yves-M. Congar, Karl Rahner Johannes-B. Metz, por ejemplo) corrobora esta manera de pensar. Posteriormente la teología de la liberación y todas las corrientes de pensamiento afines han destacado con fuerza como no hay dos historias, una profana y otra de salvación, sino que la historia de salvación acontece en la historia de la humanidad. Sin embargo este tipo de pensamiento no ofrece especiales resistencias entre muchos cristianos, no podemos todavía afirmar que sea un patrimonio plenamente adquirido de la praxis y la espiritualidad cristianas comunes.

Hasta aquí, sólo he destacado la mundanización o secularización de la obra de Dios. Con todo, queda dicho implícitamente que la mundanización es *obra divina*. Dios, de algún modo, *se mundaniza*, ya que es él mismo quien, sin disolverse en el mundo, se abaja hasta el mundo, desciende por iniciativa propia, para elevarlo e incorporarlo al misterio de Cristo. De este modo, comunica una densidad y un dinamismo divinos al mundo, haciéndolo más mundo (es decir, *sin desnaturalizar lo natural*).

² Cf. Jaume BOFILL, "Vers una espiritualitat familiar d'orientació contemplativa. El caràcter medial de les realitats corporals", en *Cuadernos de la Diáspora* 1 (junio 1994), pp. 50-79. Edición catalana de la traducción castellana.

La iglesia de un Dios «mundano»

De acuerdo con todo lo que precede, podemos afirmar que la Iglesia «tiene una auténtica dimensión secular inherente a su íntima naturaleza y a su misión, que hunde sus raíces en el misterio del Verbo encarnado»³. Aunque su misión se orienta hacia el punto culminante de la historia, cuando Dios lo será «todo en todo» (1 Cor 15, 2), dicha misión abarca también la transformación del mundo, del orden temporal. Y, aun cuando el cristianismo como tal debe hacerse visible en la sociedad y en el mundo, su presencia no se reduce a estos espacios o tiempos de visibilidad, sino que debe seguir operante cuando cesan las manifestaciones exteriores de la vida y acción de los cristianos y de la Iglesia. Porque la realidad cristiana propiamente tal, como realidad que tiene en Dios su origen y su término, también debe desarrollarse en la vida secular y *profana*.

La vida de cada cristiano, por el bautismo, se inserta, pues, lógicamente en este misterio. De modo que no hay vida cristiana donde no se da algún modo de afirmación real de este mundo amado por Dios y donde, a la vez, no se da reconocimiento creyente del don de Dios mismo a este nuestro mundo. Un ermitaño que viva su soledad como efecto de un desengaño humano, en forma de alejamiento desdeñoso de la civilización e insolidariamente con este mundo, no es cristiano. Y esto, por mucha literatura religiosa que consume y por muchas palabras y signos de piedad que llenen sus días y años... Una asistente social inmersa en los problemas de un barrio suburbial, entregada a la acción y a la lucha por cambiar la sociedad, sólo vivirá y expresará su cristianismo en la medida en que, en el silencio de su corazón y con los signos exteriores más connaturales a su profesión, exprese su vinculación a la acción del Espíritu del Señor que todo lo renueva (cf. Ap 21, 5). Afirmación activa del mundo y reconocimiento creyente se dan la mano en toda existencia cristiana auténtica.

Dos voces con distintas variaciones

Con todo, en la polifonía de carismas presentes en la Iglesia se da una polarización no exclusiva alrededor de cada uno de estos dos extremos; afirmación del mundo y reconocimiento creyente. La vida de

³ PABLO VI a los miembros de Institutos Seculares (2 de febrero de 1972), citado en *Christifideles laici*, 15.

unas cristianas o cristianos entregados en cuerpo y alma a la política, al ejercicio serio de la profesión médica o de la cátedra universitaria, la trabajo mecánico en una fábrica o a una actividad sindical, a la paternidad o a la maternidad, es una existencia articulada alrededor de la *afirmación de un mundo, de lo secular*. En cambio, la vida de personas consagradas a la oración o unidas en estrecha vida comunitaria, o entregadas al apostolado en pobreza, castidad y obediencia, es una existencia más polarizada, mediante un cierto *distanciamiento* de lo mundano, alrededor del reconocimiento creyente de la irrupción gratuita de Dios en nuestro mundo. La diferencia es debida fundamentalmente al carácter limitado de la vida humana: la misma y única vida de fe, al inclinarse hacia una forma de realización más *secular*, no pueden realizar un estilo de vida más centrado en actos que expresen visiblemente la acción gratuitamente decisiva de Dios en el mundo, y viceversa.

No se trata de dos tipos de vida excluyentes: ni unos pueden negar u ocultar la primacía absoluta del Dios-Amor, que se nos da y nos salva, ni otros pueden dejar de lado el hecho de que este nuestro mundo es el lugar donde Dios se nos ha dado y permanece para siempre.

¿Qué es, pues, un laico?

En lo que precede, aparece cómo la *vida laical* es la vida cristiana estructurada alrededor de la realidad secular. La vocación del laico "afecta precisamente a su situación intramundana"⁴. La *vida consagrada* tiene su polo estructurador en los elementos evangélicos más *religiosos* (oración, comunidad de vida y de bienes, disponibilidad plena para el servicio del evangelio, etc.), posibilitando por la renuncia a determinadas formas de vivir lo económico (pobreza), la sexualidad y la afectividad (castidad) y la libertad personal (obediencia).

Lo que caracteriza la vida laical es, pues, la condición secular. "El carácter secular es propio y peculiar de los laicos"⁵. Esta condición secular, iluminada y animada por la fe, debería presentar estos rasgos:

⁴ Exhortación apostólica de JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, 115.

⁵ *Lumen Gentium*, 31; cf. *Christifideles laici*, 9.7.

a) *Afirmación de la vida secular*. Obviamente, es el primer rasgo distintivo. "El mundo se convierte en el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los laicos"⁶. El mundo, es decir, el lugar que no es propio de la Iglesia, aunque tampoco lo es ajeno. Una cristiana o un cristiano laicos centran su vida en realidades como el matrimonio y la familia, la profesión, la acción social o política, la cultura o la investigación científica, etc. Y en esta condición secular tiene a menudo un papel primordial la vida sexual, el placer y el goce de la vida. Ahora bien, un laico, y sólo él, puede expresar a través de lo que es y sin prácticas sobreañadidas, algo de la originalidad evangélica: un inequívoco sí a este mundo, a lo terreno y temporal, al cuerpo y a la vida. "El ser y el actuar en el mundo son para los fieles laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial"⁷.

b) *Ruptura "desde dentro"*. Dios ha afirmado nuestro mundo, pero éste no tiene un proceso rectilíneo hacia la plenitud. El mundo nuevo y definitivo, el Reino de Dios, hemos de "buscarlo" y "batallararlo" con amor y entrega perseverantes, a la vez que hemos de esperar "que venga" como don de Dios. De ahí que la mundanidad de la vida laical — afirmación del sí de Dios al mundo — no pueda confundirse con el error de fundar el éxito de nuestra historia propia pura y simplemente en el esfuerzo humano, quizá prometeico.

Los laicos contribuyen a superar este error mediante alguna forma de *ruptura "desde dentro"*⁸, expresión de la cualidad profética de la que están investidos por el bautismo. Es decir, sin alejarse de la realidad secular y siendo fieles al dinamismo propio de las realidades seculares (economía, cultura, sexualidad, sociedad...). Esto implica siempre una entrega a fondo, pero "a contracorriente" de los pseudovalores imperantes (aspecto negativo) y en coherencia con los valores que la novedad del evangelio proyecta sobre la realidad humana (aspecto positivo). Así, por ejemplo, la vida laical exige no claudicar cuando en un tipo de sociedad se impone la ecuación "abundancia de dinero = valor personal", cuando se considera al débil como a un enfermo, cuando el

⁶ *Christifideles laici*, 15.

⁷ *Ibidem*.

⁸ Cf. *Lumen Gentium*, 31.

individualismo y la insolidaridad se convierten en el ideal de vida, etc. Al mismo tiempo, la ruptura "desde dentro" se ha de vivir en la fidelidad a una serie de formas de entender la vida en el mundo que, de modo muy relevante, dimanen del evangelio: considerar a los pobres como horizonte determinante de todas las opciones (económicas, laborales, sociopolíticas, eclesiales...); amar a los enemigos; no sucumbir a la "idolatría" del dinero; desarrollar actitudes como la gratuidad, la solidaridad eficaz y la humilde confianza cuando parece que se hundan las promesas que el mundo ofrece; alimentar la experiencia evangélica del Dios "con nosotros" "en todas las cosas"; etc. No es suficiente para un cristiano la hipótesis de la fidelidad a un mundo "químicamente" puro con el suplemento de determinados actos "religiosos" o eclesiales. El cristiano ha de ser, a la vez "mundano y suprahumano" (Clemente de Alejandría).

c) *Una manera de vivir "lo otro"*. En esta positiva ruptura "desde dentro", el laico deberá encontrar su estilo propio. Pero, además, su vida cristiana, en lo que es más característica o incluso específicamente cristiano ("lo otro"), tendrá también su originalidad. La vida eclesial de un laico no comporta necesariamente que éste deba prestar colaboración en instituciones eclesiales (parroquias, asociaciones, organismos, etc.), ni que su vida de oración haya de modelarse según las prácticas corrientes en el clero o en los monasterios, ni que su apostolado deba ser la catequesis o la participación activa en algún movimiento apostólico... Sin excluir, desde luego, que la vida y acción laicales puedan configurarse según alguno de estos modos, lo cierto es que implica la búsqueda creativa de estilos y ritmos de vida cristiana que dimanen con cierta connaturalidad de la vida secular de cada uno y nutran esta vida secular como tal. Así, la ruptura laical de un cierto *monolitismo* dominante en la Iglesia se convierte en un bello enriquecimiento de la espiritualidad y la vida cristianas.

Una espiritualidad laical: demandas del momento

a) *Una vida simplemente cristiana*. La espiritualidad de un laico es, simplemente, la espiritualidad cristiana: seguimiento de Jesús y, por tanto, participación en su novedad de vida, que pasa inevitablemente por la cruz; vida de amor entregado en la fe y en la esperanza; vida — toda ella, y no sólo la interioridad— según el Espíritu. De este modo,

“todas sus obras, oraciones e iniciativas apostólicas, su vida conyugal y familiar, su trabajo cotidiano, su reposo espiritual y corporal, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida, si se sobrellevan pacientemente”⁹, se transforman en vida espiritual. De un laico debe esperarse todo lo que debe esperarse de un verdadero cristiano: oración, subversión de falsos valores vigentes en la sociedad, fidelidad a los criterios evangélicos de la vida, amor prioritario y práctico a los pobres, solidaridad, sentido de Iglesia (comunidad, comunicación, vida sacramental...). Lo cual no significa que deba darse, por ejemplo, algo así como una oración *laical* y otra *monacal*. Aunque, a buen seguro, la oración de un laico tendrá connotaciones particulares. De modo parecido cabe hablar de su opción por los pobres o de su manera de vivir los valores del evangelio o la comunión eclesial.

Sin embargo, puesta la forma de vida propia del laico y la realidad actual de nuestra sociedad e Iglesia, cabe esperar de él que desarrolle particularmente algunos de estos rasgos:

- ♦ *La interioridad*: una oración más pegada a lo cotidiano y con modos y ritmos más flexibles, aunque buscando espacios apropiados de realimentación (grupos, retiros, etc.) para renovar la oración y revitalizar la fe, la esperanza y el amor.
- ♦ *La lucha*: una ascesis y penitencia según las pasividades de crecimiento teilhardianas (honradez profesional, puesta al día profesional continua, asunción de las exigencias de la vida familiar, integración de lo social y político...).
- ♦ *La Iglesia*: una participación eclesial (liturgia, movimientos, comunidad...) que se apoye más en la calidad que en la multiplicación de actos, reuniones, cursos, etc.

b) *Exorcizar el poder*: El poder es, en sí mismo, algo indiferente. Su bondad o malicia depende en gran parte de su origen o de su uso. Y, ciertamente, no hay forma de intervenir en la política o en la economía, por ejemplo, sin alguna cota de poder. ¿Cómo hacerse presentes, de modo realmente eficaz, sin dar razón a los voceros de “el poder corrompe”? No

⁹ Lumen Gentium, 34. Cf. También: “La vocación de los fieles laicos a la santidad implica que la vida según el Espíritu se exprese particularmente en su

ceder a la aparente fatalidad de "el recurso a la deslealtad y a la mentira, el despilfarro de la hacienda pública para que redunde en provecho de unos pocos y con intención de crear una masa de gente dependiente, el uso de medios equívocos o ilícitos para conquistar, mantener y aumentar el poder a cualquier precio"¹⁰. Y, en cambio, ordenar de verdad la política hacia el bien común (y, no hacia intereses de grupo), hacia el cambio social (y no hacia la consolidación del desorden establecido o hacia la perversión del bien). Practicar una política marcada por los valores de libertad, justicia, solidaridad, sencillez de vida, labor desinteresada. Una política que trata de inspirarse en una fe y en una esperanza en el hombre que se traducen en actuaciones verdaderamente audaces. Una economía fundada en la concepción de un progreso integral de la persona, al servicio de ésta, y que busque primariamente el bien social. Es decir, liberar el poder de los "demonios" que habitualmente lo poseen.

c) *Iluminar el campo de la sexualidad y la vida matrimonial*. Debido a factores culturales y religiosos patente y de sobra conocidos, el campo de la sexualidad y, consecuentemente, el de la vida matrimonial y familiar no están exentos de malentendidos y confusión. Se hallan necesitados de una reflexión y clarificación profundas, serenas y valientes. Si algún cristiano ha de ser experto en sexualidad y en matrimonio, ha de ser, evidentemente, el laico. No es poco lo ya realizado en este campo, aunque todavía sea insuficiente. Invitar al laico a aportar su experiencia y su reflexión en este terreno, no sólo es valorar su capacidad, sino introducirle en un camino lleno de obstáculos, y fuente de sinsabores. Sin embargo, es necesario este intento, nuevo respecto de lo realizado hasta el presente. La vida, unida a la seria reflexión, ha de abrir nuevas posibilidades a una experiencia verdaderamente *espiritual*, que no ha de alejar el cuerpo de la acción plenificante del Espíritu del Señor. "El Cuerpo... para el Señor, y el Señor para el cuerpo" (1 Cor 6, 13).

Además, el feminismo, aunque no sea sólo un movimiento de talante laical, es uno de los frentes de donde se espera especial aportación de los laicos. Efectivamente, el Espíritu ofrece un potencial tan grande que sería una injusticia contra la Iglesia y contra la humanidad sustraer a su acción las peculiares capacidades de la identidad femenina. La experiencia de fe de las mujeres es todavía una riqueza ignorada por unos y excluida por

¹⁰ *Christifideles laici*, 42.

otros. En cualquier caso, ha de pasar a primer plano la mujer como sujeto activo y reconocido en la vida eclesial, y no tanto como objeto de liberación o de reflexión.

En todo este capítulo de la sexualidad y el matrimonio debe destacarse la dimensión espiritual. Más allá de represiones o permisividades, ¿cómo ir introduciendo en este ámbito —en el cual ciertamente se hace presente el Espíritu— la luminosidad del Evangelio, el goce del Espíritu, la riqueza inagotable del “Padre de las luces” (St 1, 17)? Dicho de otro modo, ¿cómo ir trasladando la vida sexual desde el campo exclusivo de la moral (el bien y el mal) al de la experiencia saciante del Espíritu?

d) *Evangelizar el placer*. El tema del placer se halla en íntima relación con el de la sexualidad. Con excesiva facilidad se afirma que Jesús ha resucitado y que el cristianismo es afirmación de vida. Los hechos, sin embargo, parecen más bien dar razón a los reproches nietzscheanos lanzados contra el cristianismo. En verdad, hay que recuperar el placer para el evangelio, es decir, para el tipo de existencia que se inspira en la vida y la palabra de Jesús de Nazaret. Jesús, que cargó con la cruz, también fue hombre de bodas y de banquetes, de amistad (incluso con mujeres) y de trabajo corriente y sencillo, de trato humano y amable...¹¹.

Están en total consonancia con el estilo de Jesús estas palabras de Jaume Bofill: “Una actitud que rechazase por principio la alegría del abrazo, o del comer y del beber, o de cualquier “obsequio” material, no en la liberalidad del sacrificio, sino en la indiferencia del “tanto da...”, no resultaría redimida por el pretendido espiritualismo que habría querido exhibir más que practicar... La frigidez no es la castidad, la acidez de la “insensibilidad” no es la austeridad, ni la “apatheia” es la “indiferencia” cristiana: más bien son vicios opuestos a estas virtudes”¹².

¹¹ Notemos estas palabras de TOMAS DE AQUINO: “El hijo de Dios asumió la naturaleza humana con todos los elementos que la integran. Pero en la naturaleza humana también se incluye la naturaleza animal... Por tanto... asumió también los elementos que integran la naturaleza animal... Así que en Cristo existía el apetito sensual o sensualidad” (*Summa Theologica* III, q. 18, a. 2). Citado por María Caterina JACOBELLI en *Risus Pasachalis, El fundamento teológico del placer sexual*, Planeta, Madrid 1991, p. 139.

¹² Jaume BOFILL, *loc. Cit.*, pp. 64-65. Todo este estudio, comentario espléndido de Tomás de Aquino, ayuda a beber en una fuente lejana un agua en verdad tonificante para nuestra andadura en el mundo actual.

Esto es pensamiento *clásico* cristiano. Y es cosa bien sabida y experimentada que, cuando se refrena con aquel "pretendido espiritualismo" el placer sensible, no se consigue ahogarlo, sino degradarlo. Entre nosotros, pues —y los laicos podrían ser pioneros—, se debería desarrollar lo que el mismo Bofill llama "sentido del domingo". Una forma de asumir, dentro de una órbita verdaderamente humana, y gozosamente, la materia y los instintos materiales, el cuerpo y el gesto, la relación corporal y espiritual... Porque en el placer sensible humano ha de implicarse toda la persona. Avanzando por esta senda, tal vez llegaríamos también a superar aquella sequedad que domina con excesiva frecuencia el ámbito de la oración y de muchas expresiones religiosas.

e) *Des-centrar la Iglesia*. El eclesiocentrismo es una amenaza constante para los cristianos (y no sólo para clérigos, religiosas y religiosos). La Iglesia, sin embargo, fue creada para el servicio del mundo y de la humanidad. Incluso la vida interna de la Iglesia (la oración y la liturgia, la catequesis y la predicación) es misionera, y en la misión encuentra su razón de ser. "Los fieles, y más precisamente los laicos, se encuentran en la línea más avanzada de la vida de la Iglesia; por ellos la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana". Estas palabras ya antiguas (y quizá un tanto hiperbólicas) de Pío XII son recogidas por el papa actual en la *Christifideles laici*¹³. Una Iglesia destinada a transmitir vida a la sociedad debe necesariamente descentrarse mediante un impulso centrifugador.

Quizá se le impongan al laico los esfuerzos más tenaces. Porque, sin desentenderse de la vida intraeclesial y, todavía más, sin romper la comunión eclesial, se moverá a menudo contra la corriente de las inercias y de los intereses y preocupaciones eclesiásticos. Es de esperar que el testimonio de laicos y laicas, situados en las fronteras de nuestra sociedad, recuerde a quienes se hallan más vinculados a tareas o servicios intraeclesiales que la Iglesia es para el mundo. Una vida cristiana plenamente laical puede ser el antídoto contra todo tipo de fanatismo eclesial.

e) *Desclericalización*. "Los laicos son la Iglesia", se ha venido repitiendo hasta la sociedad. Con todo, la Iglesia no circula todavía en esta dirección de modo decidido. Sin duda que el laico seguirá

¹³ *Christifideles laici*, 9.

prestando servicio estrictamente eclesiales indispensables (catequesis, liturgia, equipos parroquiales, etc.). Aquí, sin embargo, deberá imprimir el sello de la laicidad —masculina o femenina— no sólo aportando un estilo de hacer las cosas (el propio de la persona no-clerical), sino también asumiendo responsabilidades no subordinadas a clérigos.



Deberá también, sin renunciar en principio a realizar servicios eclesiales como los aducidos, servir a la Iglesia haciendo presentes los valores del evangelio en la universidad y en la política, en la familia y en la escuela; intervenir en la TV o en la prensa; vivir a fondo la condición obrera o participar activamente en una asociación de vecinos; etc. A este respecto son iluminadoras estas palabras de la *Christifideles laici* sobre una de las tentaciones a las que los laicos “no siempre han sabido sustraerse”: reservar un interés tan marcado por los servicios y tareas eclesiales, de tal modo que frecuentemente se ha llegado a una práctica dejación de sus responsabilidades específicas en el mundo profesional, social, económico, cultural y político¹⁴.

Toda forma de vida cristiana, también la del clero, religiosas y religiosos, ha de ser verdaderamente humana y “mundana”, en el sentido de la primera parte de este artículo. Con todo, si la Iglesia ha de sobresalir en humanidad —“experta en humanidad” le llamó Pablo VI—, no puede negarse que en gran parte se deberá al peso que en ella tendrán los laicos. Ellos serán dentro de la Iglesia (quizá también en medio de determinados despertares “religiosos”) el correctivo constante de los que “creen que aman a Dios porque no aman a nadie”(León Bloy).

[Tomado de «Christus», MÉXICO, 674 (Febrero 1995), pp. 7-12]

¹⁴ *Ibid.* 2. Más adelante, entre otros juicios críticos se cita “la tendencia a la “clericalización” de los fieles laicos” (n. 23).